



La Pipa del Editor

Jairo Morales Henao

Los libros de los amigos muertos

Notas Artísticas. Francisco A. Cano

A Luis Fernando Peláez,
diseñador de la Colección Breve
- Ediciones Autores Antioqueños

A lo largo de su vida como editor, profesor e investigador, Miguel Escobar Calle se empeñó en unos temas centrales: la fotografía en Antioquia, el grabado en Antioquia, Francisco Antonio Cano, Luis Tejada y Los Panidas, con énfasis en León de Greiff. Sus investigaciones tendían a ser interminables porque le apuntaba a lo exhaustivo. Y esa pretensión le imponía un método:

no detenerse, no dar por concluida una recopilación cuando todavía quedaban pocos o muchos libros, revistas, periódicos, cartas, álbumes de afectos, guías turísticas o planos pendientes de husmear y donde cabía la probabilidad de encontrar algún dato, por mínimo que fuera, en el aviso publicitario de una platería o de un almacén de fotografía en un periódico de pueblo.

Cuando daba con un buen filón, escudriñaba compulsivamente, no soltaba la presa hasta no haberle sacado el último dato. Su frenesí, su entusiasmo, le ganaban la solidaridad de los amigos, que no dejábamos de informarle de un dato que le podría servir y que habíamos encontrado por azar o en las búsquedas que cada uno de nosotros adelantaba en sus propios proyectos. Él correspondía con la misma generosidad: no pocos de los datos registrados en mi libro sobre José Restrepo Jaramillo, me llegaron por vía de Miguel.

Así se formaron y crecieron esos mamotrétricos libros de pegotes sobre sus temas. Fotocopiaba (no le alcanzó a tocar el uso de la tablet) o tomaba nota y pegaba. Artículos, noticias, cartas, entrevistas, avisos publicitarios, fotos, fotograbados, dibujos. Esos libros de pegotes tuvieron un final doloroso para mí y sus amigos, pues estábamos seguros de que tarde o temprano serían libros bien editados y, desde luego, con su nombre como autor.

Pero no ocurrió así. No me pretendo de su círculo de amigos de toda la

vida, amistades que venían desde sus tiempos de estudiante universitario, es decir, desde mucho antes de conocernos él y yo; pero sí fui su amigo en la Piloto, en su Sala Antioquia, de la que él fue curador, y en ese trasegar intenso que tuvimos en medio de tantos libros y papeles viejos por más de veinte años, fuimos pasando a la amistad personal. Por eso puedo decir que lo conocí bastante, hasta donde se puede afirmar esto sobre un amigo, que conservará siempre, como todo ser humano, zonas de sombra irreductibles. Desde ahí afirmo mi intuición de que en Miguel se quebró algo que lo desinteresó de hacer libros editados. ¿Qué? No sé.

Entonces comenzó a regalar la voluminosísima y valiosísima información acumulada en sus libros de pegotes en décadas de acarreo de datos sin tregua. Así como se lee: ¡a regalarla! Alguien se lucró, por ejemplo, de todo lo recogido por él sobre Francisco Antonio Cano, y sin las demoras de Miguel, publicó un libro. Otra persona benefició su maestría con el libro de pegotes de Miguel sobre el grabado en Antioquia. Aquí

se vale resumir la anécdota: cuando me di cuenta de que daba comienzo a ese despropósito, le pedí a Miguel que, por favor, no hiciera tal cosa, que le mostrara algo a esa persona, si es que quería darle una mano, pero que no fuera a entregarlo todo. Le soplé el dato a José Gabriel Baena para que me diera una mano, y le repitió a Miguel lo que yo le había aconsejado. Y nos hizo caso... pero solo para tranquilizarnos por un tiempo, como nos dimos cuenta luego. A resignarse. Ese enigma quedó bajo llave para siempre.

Bajo su firma publicó, sí, numerosos textos que hicieron parte de catálogos, o que fueron capítulos, cronologías o bibliografías de libros, o aparecieron en las páginas de suplementos, revistas y boletines. En ellos se ocupó, entre otros temas de primer orden, del movimiento Panida, las revistas culturales antioqueñas, Ricardo Rendón, Francisco Antonio Cano, Eladio Vélez, Melitón Rodríguez, Benjamín de la Calle, Gabriel Carvajal, etc. A mi juicio, el más sobresaliente de esos textos publicados fueron sus **Apuntes para una cronología de la fotografía en Antioquia**, aparecida en el libro **150 años de fotografía**, editado por el Fondo Editorial de la Biblioteca Pública Piloto. Y lo es tanto por haber sido elaborada a lo largo de muchos años de encarnizada búsqueda desde fuentes primarias, como por haber sido complementada con artículos aparecidos en distintos medios acerca de algunos de nuestros fotógrafos

más sobresalientes. Además, por cronologías particulares acerca de algunos de ellos, como la que escribió sobre Gabriel Carvajal, desglosada de los citados **Apuntes**, incorporada al mencionado libro y reproducida en **Escritos desde la Sala** N° 18.

Pero libro individual de Miguel, ninguno. Compensan –y mucho, por su calidad e importancia– este vacío angustioso, que es de otros y mío, dos compilaciones que le pertenecen por completo: la dedicada a Luis Tejada (una de sus grandes admiraciones), de la que tal vez hablemos en otro momento, y la que seleccionamos en esta oportunidad para destacarla en esta entrega de La Pipa del Editor: **Notas Artísticas**, de Francisco Antonio Cano. De Miguel son la selección, la compilación y el prólogo.

Siendo director editorial de Ediciones Autores Antioqueños, Miguel se ingenió una colección aparte: la Colección Breve, de la que esta recopilación de textos es el Volumen 3. “La Colección Breve tiene como fin primordial rescatar obras cortas de escritores antioqueños y, en algunos casos, reponer autores y obras injustamente olvidados o ignorados”, leemos en la solapa de la contraportada del volumen.

Pero antes de describirlo, una confesión. Pasaron treinta y dos años de su publicación y once de la muerte de Miguel antes de que mirara en forma y leyera el libro con atención. Por qué, me pregunto. Le eché una

mirada cuando apareció, sí, y lo mismo hicieron los demás del grupo de amigos que trabajó hombro a hombro en tantos proyectos en la Piloto: Gustavo Vives y dos que han muerto: Jesús Gaviria Gutiérrez y José Gabriel Baena. Pero resulta que lo mismo le sucedió a los libros de los demás, incluyendo los míos: ojeábamos y hojeábamos el libro recién presentado del otro, por lo regular asistíamos a sus presentaciones formales, los celebrábamos con un almuerzo en la pizzería Brasilia, en el Carlos E¹, y con unos tragos allí mismo en la noche. Pero... leerlo con atención era algo que se posponía. La razón: cuando se publicaba un libro de aquellos, el mismo autor ya andaba en otro proyecto, lo mismo los demás, y trabajábamos en otra iniciativa que nos comprometía a todos o a algunos de nosotros: exposiciones, catálogos, cronologías, bibliografías, los boletines, libros sobre pintores y fotógrafos, sin olvidar nuestras rutinas de empleados: reuniones, informes, atención de público, visitas guiadas. El ritmo era endemoniado. No veo otra razón. Leer al otro demanda una pausa, un sosiego por completo inexistente entonces.

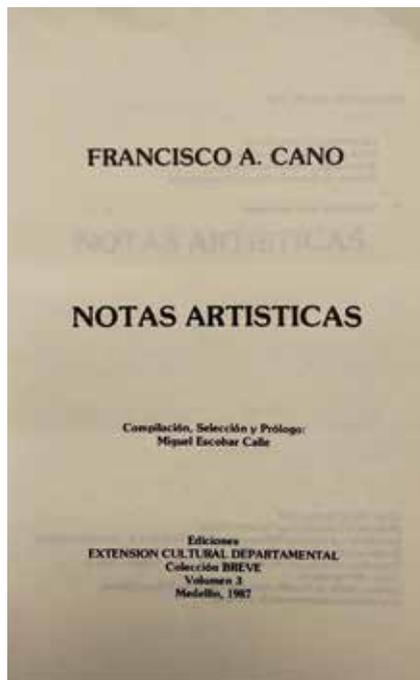
Notas Artísticas es en lo fundamental una recopilación de textos de Francisco Antonio Cano sobre temas artísticos escritos en distintas épocas. Pero también incluye textos



Miguel Escobar Calle por Elkin Obregón. En: **Panorama de la caricatura en Antioquia**. Biblioteca Pública Piloto. Medellín, 2015.

de diversos autores sobre el pintor; “Una Bibliografía Básica sobre F. A. Cano”; “... una muestra de dibujos, bocetos, viñetas y carátulas, inéditos en gran parte” (Miguel le huía a repetir, a la pereza del que solo recicla lo hecho por otros: como autor y editor le gustaba sorprender y alegrar al lector y al investigador con aspectos inéditos o poco divulgados); y el prólogo, que es decisivo conocer para tener una idea exacta de la pretensión que tuvo Miguel al asumir este proyecto de obra, del vacío que aspiró a llenar: contribuir a la construcción de un perfil más

1. Barrio Carlos E. Restrepo, o “Carlos E.”, ubicado entre la Calle Colombia y la Universidad Nacional, y entre la carrera 65 y la Autopista Sur en Medellín.



Portada de 'Notas Artísticas'. Ediciones Extensión Cultural Departamental. Colección BREVE. Volumen 3. Medellín, 1987.

completo del artista que el que se manejaba hasta entonces (recordemos: más de tres décadas atrás): “La pretensión con él es rehacer la huella que dejó Francisco A. Cano como crítico de arte; como protagonista y a la vez testigo de su época y del arte de su país; y como constancia de magisterio intelectual, de vida artística y de actitud moral”. Mucho más, pues, que el Cano pintor. Y también su condición de hombre y artista surgido en la pobreza y forjado dentro de las limitaciones y chatura ideológica y artística del medio colombiano, donde también encontró el apoyo de personas y sectores sociales, epifanías que también nombra el prólogo.

Pero el prólogo alumbraba también en dirección de Miguel: ilumina el método seguido para construir este libro y, de paso, es una muestra

excelente de cómo trabajó sus demás realizaciones, publicadas e inéditas, o trucas, pues en ninguna fueron otras la aspiración y la manera: su horizonte, lo exhaustivo, a conciencia de que esa meta rebasaba las posibilidades de un solo autor, incluyéndose, desde luego. Por eso, para él todo libro es tarea abierta: “Sí, porque este libro es sólo eso: apenas unas cuantas piezas sueltas de un incompleto rompecabezas”. Al lado de la obra que le ganó un lugar principal en la historia del arte en Colombia, el otro Cano: aquel que se multiplicó más allá de pinceles, lienzos y bastidores, porque las condiciones del país le exigieron multiplicarse en tareas colindantes y complementarias de su labor pictórica: “El deseo es, simplemente, que su palabra quede —al lado de sus óleos, sus bronce y sus lápices— como una señal”.

Otra razón del poder significativo de este libro, del magnetismo que puede ejercer en los interesados y conocedores de estos temas, y de manera particular en aquellos para quienes el Cano total al que apunta este volumen representa una admiración indudable e incluso un afecto, es la perspectiva múltiple, coral, polifónica, del Cano que se construye en sus páginas. Cinco voces, incluyendo la de Miguel, pertenecientes a distintas épocas y a personalidades de oficios diferentes (artistas, historiadores y críticos), nos hablan de Cano. Pero el libro también es diálogo: en dos entrevistas, Cano opina principalmente sobre arte colombiano, tanto del que

le fue anterior, como del de quienes comenzaban a aparecer cuando él ya era figura reconocida, y también del de aquellos que detentaban un reconocimiento contemporáneo del suyo. Igualmente es diálogo en los textos que escribió sobre Miguel Díaz Vargas (publicado en Cromos), Ricardo Acevedo Bernal (en Guía de Arte Colombiano) y Roberto Pizano Restrepo (en la misma Guía), estos dos de cierta extensión.

Tanto en las entrevistas como en los textos tipo ensayo, y aun en cartas suyas, género del que el libro acoge algunas muestras, su decir es punzante, polémico, irreverente, socarrón, y también autocrítico. Le da expansión incluso allí al diablillo del comadreo paisa de puertas adentro, desabrochado y malévolo, como lo hace al mencionar a un tal Otálora que daba sus primeros pasos: “Otálora, sin duda alguna, es el más robusto colorista entre los jóvenes. Pero en figura no está al mismo nivel. Con estudio ese muchacho puede ir muy lejos. Es admirablemente original en el color. ¡Lástima que sea tan feo!”. Pero ya en un plano más elevado y riguroso le leemos cosas como estas:

“Pero hay en el ambiente cierta pereza para los estudios puramente científicos. El empirismo triunfa. En todos los géneros. Y es un grave error creer que con sólo talento se puede triunfar. Es lo mismo que si un escritor quisiera escribir sin gramática. Para

la pintura, además de pintura, hay que tener una preparación literaria enorme. Un cultivo que no tiene bien ningún pintor nuestro”.

O: “Para algunos, como Acevedo Bernal, soy un genio, mientras somos amigos. Pero cuando por cualquier motivo nos hemos distanciado, lo más suave que se le ocurre decir es que soy un mediocre”.

O: “Respecto a este certamen” (la Exposición Nacional de Bellas Artes, 1925), dice: “Es verdaderamente doloroso confesar el estado de atraso en que se encuentran las artes entre nosotros, por la indolencia de todos. Del Gobierno y de los particulares, quienes son los llamados para apoyar a los artistas”.

Y aun la autocrítica: “—Yo le pronostiqué un triste porvenir a Roza. Estaba convencido de que no haría nunca nada porque no le encontraba ni facilidad ni talento. Y ahora —porque me gusta reconocer mis yerros— le escribí diciéndole: ‘Muy bien, muy bien, rectifico mis opiniones...’. No son raros estos casos de grandes equivocaciones venturosas, por fortuna”.

Pero más allá de las consideraciones de Cano aquí recogidas, y de las que diversos autores hicieron sobre él y se seleccionaron para este volumen, es decir, independientemente de qué tan acertadas o relativas puedan ser unas y otras, las hemos citado para resaltarlas como uno de los rasgos diferenciadores de esta

compilación, dentro de la relativamente amplia bibliografía colombiana sobre Francisco Antonio Cano, pues de esa manera se hace mucho más que historiografía y crítica de arte sobre su vida y obra: se le recrea en lo que fue su presente, se le hace dato vivo, en marcha, protagonista de una etapa del movimiento artístico colombiano, que vuelve así a alentar en estas páginas. Polifonía y diálogo alrededor de quien es considerado como uno de los personajes que enrumbaron definitivamente el arte nacional en el marco del movimiento pictórico que le era contemporáneo en el continente, por el profesionalismo en el oficio, calidad y personalidad creativa. Desde el punto de vista editorial hay libros sobre Cano que superan a este de Miguel. Citemos el mejor ejemplo: el que editó el Museo de Antioquia en 2003. Un libro que está al más alto nivel de los que se publican sobre arte en el país, por su calidad material, diseño y contenido, obra en la que, lo anotamos de paso, Miguel es el autor de la cronología. Pero la compilación de Miguel que hemos reseñado en estas páginas le marca diferencia en lo que ya señalamos: la vivacidad del Cano recuperado. En este sentido, y por el acopio de datos de diferente índole incorporados en el volumen, **Notas Artísticas** es insustituible en la bibliografía sobre nuestro pintor.

Otro atributo de Miguel como editor y compilador, y que no quiero silenciar, es que convertía esos libros

en proyecto de amigos y conocidos. Y eso potenciaba sin duda el caudal del libro. Nos ponía a todos a participar en ellos. Tenía sus marrullas para conseguirlo. En este sucedió lo mismo, y como era sobre una de sus querencias temáticas principales, el asunto tuvo una fuerza especial. Dieciséis amigos estamos incluidos en el párrafo donde da los agradecimientos, y en esto era riguroso: por ejemplo, en algunos casos, además de mencionarlo en la lista de personas a las que da las gracias, al maestro Jorge Cárdenas le particulariza su deuda en la nota de pie de foto de la imagen de un documento cuya reproducción le debe. Así, al pie de la foto de la primera página manuscrita del Testamento de Francisco A. Cano, leemos: “Donación Jorge Cárdenas. Mayo / 86 – Medellín”. Y lo mismo ocurre al pie de los dibujos y bocetos que le fueron donados por otras personas y que aparecen publicados por primera vez. Se desvelaba por acopiar de fuentes primarias imágenes no incluidas antes en libro alguno. Pensaba en lectores potenciales con nombre propio y que iban desde coleccionistas de arte y artistas, hasta expertos, escritores o periodistas culturales, porque entre ellos figuraban sus amigos y conocidos.

En este perfil a medias le hemos echado un vistazo a algunas de las facetas más destacadas de ese hacedor cultural múltiple que fue Miguel Escobar Calle. Porque al lado

del investigador, compilador y editor que aquí se reseña; del prosista que podemos leer en tantos y diversos textos y del que aquí cito algunas frases; del autor de libros que pudieron ser –y que él regaló a otros, renunciando al nombre propio como lo hacían los artesanos medievales con su estatuaria, vitrales y relieves de las catedrales–, nos quedan por evocar el posible y estupendo dibujante y caricaturista quedado también en posibilidad, como lo puede comprobar el lector en la muestra que ofrecimos de sus apuntes gráficos en la entrega N° 18 de **Escritos desde la Sala**, que se le dedicó *in memoriam*. O el bolerista de primera línea que también pudo ser, como lo testimonió ese conocedor superior de la música popular que fue Hernán Restrepo Duque, luego de escucharlo cantar en Ziruma, la casa finca de Manuel Mejía Vallejo, en El Retiro, un día de 1986: “Ayer conocí al mejor bolerista colombiano del momento”, escribió en nota para El Colombiano. O como se puede constatar en el disco para los amigos que nos reunimos a conmemorar su primer aniversario de muerte: la grabación de una tertulia musical en Sayula, la casa campestre de Miguel y Alicia, para celebrar un cumpleaños de Mejía Vallejo, el 21 de abril de 1990, donde cantan –a dúo y como solistas– Miguel y Dora Luz Echavarría, que acompaña con guitarra. Toda una época de todos nosotros regresa escuchando cantar a Miguel su canción estrella: “Vanidad”,



Francisco Antonio Cano. Fotografía Rodríguez. 1895. Archivo BPP.

o bolerazos como “Lloraste ayer”, “Encadenados” o “Los dos perdidos”, y al fondo, las voces de sus amigos Óscar Jaramillo, Fernando González Restrepo o Eduardo Peláez (solicitando “Cuando lejos, muy lejos, en otros mares...”), y de otros. Pero también a eso renunció: a ser un gran bolerista.

De la fijeza al fragmento, podría ser el título posible de un perfil completo de Miguel. Las fijezas de los 100 títulos que publicó como editor de la Colección AUTORES ANTIOQUEÑOS y Colección BREVE, de sus compilaciones sobre Francisco Antonio Cano y Luis Tejada (las dos publicadas), de la cronología de la fotografía en Antioquia (publicada parcialmente), de los artículos numerosos sobre

pintores, fotógrafos y escritores. Y el fragmento de los libros que dejó **in pectore** (cedidos voluntariamente a otros), del pintor y caricaturista de los márgenes de sus horas, del bolerista fugaz, o de ese Miguel final, el filatelista tardío, adonde sí no nos alcanzó a sus amigos para acompañarlo, por lo menos a mí, aventura vivida con el encarnizamiento de todas, pero de la que me hice a un lado porque para mí tuvo mucho de fuga. ¿De qué? Esa

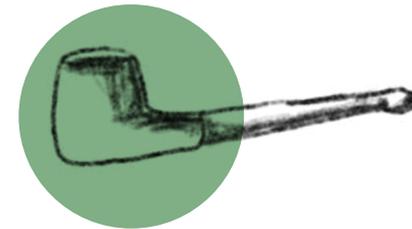
es la pregunta que me haré siempre sobre él: por qué esas renunciadas, por qué esos súbitos y radicales cambios de rumbo, con olvido completo de lo que dejaba atrás.

Pero fijejas y fragmentos permanecen en el aire que nos rodea a quienes estuvimos a su lado, como una constelación de realizaciones que nos sigue iluminando intermitentemente.

Notas Artísticas. Francisco A. Cano
Compilación, Selección y Prólogo: Miguel Escobar Calle,
Colección Breve – Ediciones Autores Antioqueños, 1987.

Envigado, 27 de enero de 2020.

Nicotiana tabacum



Los libros de los amigos vivos

De anonimato nadie ha muerto

A sus lectores

Carpe Diem

La primera trampa que debe evitar quien se proponga escribir sobre un libro de Óscar Domínguez es parodiarlo. Tal opción, además de cargar con la vergüenza de una renuncia implícita al comentario personal, aseguraría como resultado algo que rozaría la condición de sainete verbal lamentable. A qué molestarlo haciendo eso. Lo anoto porque estuve en la tentación, como lo habrá estado con seguridad todo plumífero que haya pasado por la misma disyuntiva. El sello personal de su estilo, construido en años de trabajo, atrae, interesa. Sus greguerías, los chispazos de sus giros y expresiones imprevistos, inusitados, agudos, brillantes incluso aquí y allá (la metáfora no escasea precisamente) quieren convertir al

comentarista en caudatario (**DRA: “Eclesiástico doméstico del obispo o arzobispo, destinado a llevarle alzada la cauda”**) de su flujo verbal torrentoso, hacer de apéndice. No, situémonos en nuestra orilla, por precaria que sea, para continuar diciendo (en este momento caigo en la cuenta de que ya empecé a valorar su libro, cosa que me alegra) unas palabras que sean nuestras sobre este libro de Óscar. De entrada, es la mejor muestra de respeto por el que nos disponemos a comentar, y por extensión, con todo libro. Pero antes, en plan de sinceridad, quiero transcribir el primer intento del comienzo de ese proyecto de reseña felizmente abortado in situ, como prueba de que no hablaba por hablar cuando escribí “... estuve en



Óscar Domínguez, por Alfin

la tentación". Estas habían sido mis primeras palabras de aquel borrador de reseña: "Hasta el habitante más desentendido de la isla Malpelo está enterado de que Óscar Domínguez G. perdió química, física y trigonometría en sexto bachillerato, y por lo tanto no se graduó nunca, y de que tampoco lo hizo de periodista en la Universidad de Antioquia, por razones aledañas". Desechado. Me alegra haberme sustraído a ese diablillo de la parodia.

El subtítulo, *Diario de un jubilado*, se acoge al género: los apuntes escritos día a día desde la notificación que le hace la Junta Directiva de Colprensa el 11 de agosto de 1999 (fecha en que se levanta el telón

del drama) de la cancelación de su contrato como director de la agencia, hasta el 1 de enero de 2000, fecha del asiento que lo finaliza. El día a día de ese año y medio es casi riguroso. El "casi" lo imponen unos baches en los asientos, en realidad no muy numerosos, pero que tenemos el antojo de señalar. De esos 120 días que cubre el diario, no se registran anotaciones en poco más de la mitad. Pausas escasas: el furor que desató en "odg" aquel despido no anunciado —que no dejó de disparar exponencialmente su justificación oficial: ahorrar gastos ya que "Habiendo llegado a nuestro conocimiento de que usted disfruta de pensión de vejez con el Seguro Social..."— no respetó 24 ni 31

de diciembre para escribir algo, sí el 7, "día de las velitas", omisión que me dio el impulso final para escribir esta nota, fanático fiel que soy de ese día, al que no le he fallado nunca con los faroles en la casa, a Dios gracias y a mí, pues ese es el día de diciembre en que la manifestación de la alegría es más colectiva, y no solo de clanes familiares y amicales.

Lástima que no pueda gambetear la marca del lugar común para decir que con esa echada ganaron los lectores de "odg", sus amigos y también el periodismo colombiano, porque de ahí nació este prisma de 129 páginas, donde se representa en vivo ante el lector el cómo y bajo qué vínculos y estímulos viscerales con sus temas ha escrito lo que ha escrito, con qué ansiedad de taquígrafo que quiere transcribir lo que vive en vecindad inmediata con su acontecer, acicateado, puyado, por hacer de vida y escritura de ella un solo haz, una sola expresión existencial, porque así lo vivido es más vívido, el instante le destila todos sus jugos. De esa manera, en la vecindad de su escritura, el ahora, el día, rinden su máximo brillo, y sus oscuridades, desengaños, rabias, lo son más, más exactas: *carpe diem*. La escritura en Óscar Domínguez es entonces músculo de ese vivir ahora, le araña así una mayor plenitud a la existencia. Desde ese lugar se entiende en máxima cercanía lo que escribiera Roland Barthes: "Escribir no es un hacer sino una forma de ser". Él mismo lo dice (p. 110), pero

con una sencillez que, atractiva en su formulación, no le hace honor a la hondura ni a la intensidad que señalamos: "Lo conservo (el diario) para mantenerme activo. Y para consignar la alegría de vivir. Escribir el diario es vivir dos veces".

El detonante del libro lleva y trae a su autor por toda la gama de registros entre las antípodas de la "alegría" de disponer impensadamente de todo el tiempo para sí a partir de aquella notificación gerencial, y el rencor por su despido, que no pierde oportunidad de desocultar. Y lo reconoce, incluso con imágenes que se repiten aquí y allá: "Estoy más vacilante que corcho en remolino". Se encuadra así, no sé si conociéndolo o no, en ese lugar de la modernidad patentado por Baudelaire: el derecho a contradecirse. Desde ese remolino va y viene por los lugares de su vida, por lo que fueron circunstancias y decisiones que definieron su destino, tanto como por lo que son sus imágenes primordiales. Entendiendo esto, en unos casos, como evocaciones, en otros, como viajes físicos al terruño antioqueño y a las familias paisas que lo hicieron, en disfrute de abuelas centenarias, de platos familiares que marcaron olfato y gusto, y de tíos que fueron su "Tío Alberto", aquel tío que todos tuvimos y "del que hablaban las tías en sus comadreos". Y mientras hacemos a su lado este recorrido, sincero con su espíritu contradictorio, nos deja saber que ha ido dejando aquí y allá hojas de vida; que ha asistido a misas

exequiales en iglesias “estrato 6”, donde también se dejaron ver personajes de la “jai” bogotana; que ha aceptado almuerzos en restaurantes de dedo parado, en el piso veinte de no recuerdo cuál edificio, con miras a ver de sumarse a una campaña presidencial en su condición, claro, de periodista; que decidió entrevistar en un avión al candidato tal a la presidencia, y luego “dejarse llevar” a almuerzo en finca: de pronto en algún roce de esos con el gran mundo, alguien se fija en él o lo recuerda y redime del asfalto, porque allí él está fuera del agua que le ha dado su oxígeno por 45 años: la noticia.

Porque no a otra cosa han estado esencialmente amarrados sus días de periodista no graduado: la noticia, él mismo lo dice. Cuando alguno le sugirió escribir novela, no dejó de oír, pero de inmediato se asume en este diario como muy consciente de ser un “corredor de distancias cortas”: la crónica, la entrevista, el reportaje, vinculados ante todo, claro, a la noticia. Pero la noticia es perecedera por definición. Se escribe lo que hoy debe capturar la atención, pero que en la madrugada del día siguiente yacerá en el tachó de lo perecedero, de lo desplazado por la noticia nueva.

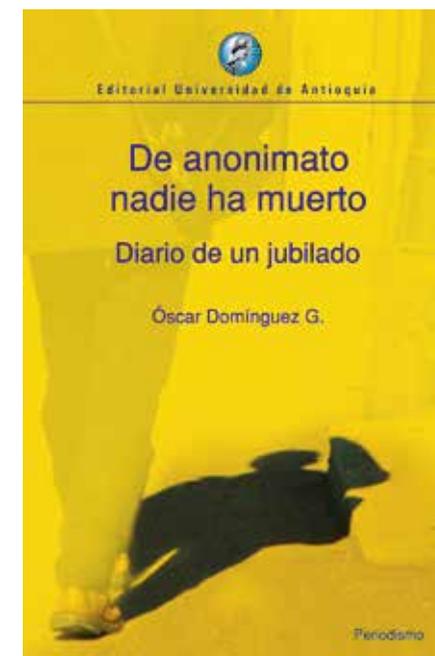
Pienso que sobre esta situación gravita el quehacer de Óscar Domínguez como periodista y escritor. Y su drama con la palabra. Porque periodista de oriente a occidente y

de norte a sur (ahí se me perdonará este cajón), no se entiende, no se encontraría, por fuera de su amante, la noticia, en las distintas maneras de convivir con ella. Al final de las páginas de este diario, Óscar Domínguez se encontró: le resultó chanfa con Noemí Sanín, como jefe de prensa de su campaña presidencial. Como amigo y lector, lamento que se le haya atravesado ese empleo (aunque apenas vengo a enterarme ahora; en esos años yo andaba, como dice el tango, “En otros caminos”, y no seguía en qué dimes y diretes andaba Óscar). Pero pensándolo bien, es decir, en los términos de lo que contiene este paralelogramo de 129 páginas que comento, hay que celebrar más bien que haya estado desencontrado, pues durante ese descentramiento se reencontró con lo que en él no es fluctuante y perecedero como la política y la noticia, sino sedimento fundante y perenne de aquello donde él es más él: esos lugares inamovibles del afecto, del recuerdo, de la amistad, de la lectura, de “los valles donde aún llueve dulcemente”, que son los de los suyos en las casas de campo donde los visitó en ese lapso áureo cuando pudo hacerlo sin afares, gracias a que Colprensa lo puso “de patitas en la calle”.

Lo mejor de este libro está ahí, en esos reencuentros. Pero como quien lo escribe era en ese momento un alguien dividido, también se encuentra de lo otro, lo prescindible para el lector que va tras lo mejor de su prosa.

Entonces, o aguantas que salga al frente de la página el recuento tedioso de una tediosa invitación a almorzar de un alguien “con conexiones” que supuestamente lo puede dejar firme ante el umbral de una buena coloca, y haces el sacrificio de seguir hasta el final aquel encuentro, más que pesado, o haces como hice yo cuando vi que me invitaba a pasar, primero, a un consultorio médico, y luego a uno odontológico, y no entré, me quedé fuera, quiero decir obviamente que salté a otra página porque me dije: lo que sigue es de pronto el recuento de una visita al veterinario con Yiya, y tampoco es pá tanto, tampoco.

Volvamos, pues, a los reencuentros con sus imágenes primordiales, constitutivas: “Ojo de agua, Rionegro. Se llama Teresita Ospina de Franco y es parienta del novelista Juan José Botero, autor de la novela *Lejos del nido*. De una de sus heroínas sacamos el nombre de Andrea. A sus ochenta años, doña Tere, suegra de mi hermana mayor, mantiene una recuperada lucidez que la convierte en gran narradora” (...) “Hoy conocí a la escritora Angélica Jaramillo. La expresión ‘caja de música’ se le queda corta. Tiene una memoria privilegiada esta envigadeña que matiza la charla con poemas e historias varias sobre la vida del pueblo, y nos esperaba para un delicioso algo que incluyó buñuelos hechos por sus manos octogenarias” (...) “Visitamos en su lecho de enferma a doña Margarita Mejía de Jaramillo, jericóana, otra



Cortesía: Editorial Universidad de Antioquia ©. 2013.

fantástica narradora”. Lugares de la tradición oral antioqueña, vertiente fundante que recorre nuestra escritura desde Emiro Kastos, Gregorio y Epifanio, y aun antes, y que en estas citas se revela como también componente del Óscar hombre, antecesor del Óscar periodista.

Y la tierra (prefiero esta palabra a paisaje, porque es más honda, es decir, más justa): “Temprano, un fiambre preparado por una cocinera de Anzá, va cobrando forma en la cocina. Después lo liquidaremos en una cafetería de Venecia, terruño de mi señora. Nos vigila a distancia el cerro Tusa (...) La vista es magnífica: Santa Bárbara, Valparaíso, La Pintada, Montebello, se dejan ver con sus luces titilantes a la distancia (...) La vida en Támesis transcurre a la velocidad

de un kilómetro por hora. Es como si un segundo tardara dos segundos en agotarse. Hay tertulias animadas en las mesas del parque, donde la mala cosecha de café es noticia de primera plana en todas las gargantas (...) Qué maldinga alegría pasar por Santa Bárbara y Versalles, donde desperté a la vida. En efecto, mi primer recuerdo, el despertar a la conciencia como habitante de ese mundo, lo tengo de mi casa en Versalles. De pronto me encuentro mirando el espantapájaros de la huerta”.

Y en ese plano de su ser, las calles medellinenses y envigadeñas que dejaron su predecible trazo: “Arrancamos para Medellín. Nos acogió el barrio Manrique. Vivíamos a menos de un tango de la célebre carrera 45 (...) Lo que más me impresionó a mi llegada a Medellín eran los avisos luminosos que apagaban y prendían y apagaban (...) Cuando transitamos por el viejo Campo Valdés, informo que una vez me perdí en ese sector. Tendría unos doce años. Todavía recuerdo la tremenda desazón que me produjo esa extraviada. Lloré mientras trataba de orientarme para llegar a casita... No sé cómo encontré el rumbo adecuado y pude llegar a mi casa de Aranjuez, en la Carrera 50 A N° 92- 86” (...) “Que no falte un tour por Junín para mirar sitios que me son caros. Allí conseguí novia—mujer una tarde de domingo en el Club Unión (en las afueras, no dentro del club)”. Entonces debió sucederle a Óscar lo que a todo enamorado ciudadano, según nos lo dice

Darley, el narrador del Cuarteto de Alejandría: “Una ciudad es un mundo cuando amamos a uno de sus habitantes”. Sigamos con el plano urbano que el azar diseñó en él: “Camino por el barrio Belén donde viví una traga maluca por una bella que nunca me quiso (...) Estoy de paso en uno de mis sitios preferidos, Envigado, donde viví trece intensos años. Es tierra de gente vital, de conversadores natos, de anfitriones de primera línea. Cinco de mis grandes amigos los hice allí (...) Noé Zuleta, Jaime Ossaba, mis viejos rivales del ajedrez, estuvieron incluidos en el recorrido por esta ciudad de analfabetismo erradicado. ARG, pariente remoto, es un tendero feliz que no vende trago y que matiza sus charlas con mensajes de contenido espiritual”.

Pero aún nos falta por inventariar un territorio de su alma que ya estaba definido al llegar a Bogotá, aquel que precisamente hizo que se fuera: el del antioqueño andariego, el que se larga del terruño y la familia a “buscarse la vida en otra parte”, a “aventuriar”.

En su cuarto semestre de periodismo acusaba necesidad de acción: “Una vez pasé por una emisora y desde afuera me planteé esta inquietud: llevo dos años en la U y este es el momento en que no conozco siquiera un micrófono. Así se fue gestando mi fuga a Bogotá”. Y esa pulsión del paisa andariego traza su signo en la superficie: “Largarse de la casa era algo tan importante como alargarse los pantalones, dar el primer beso,



Óscar Domínguez, por Alfin

perder la virginidad (...) Fue importante esa época porque decidí destetarme de una ciudad (Medellín) donde lo tenía todo”. Desembarca en Bogotá con 24 años. Solo con eso. Y con la Olivetti, claro, pero “ni una sola cartilla escrita y muchas ganas de pegar el grito de independencia casero”. Allí encuentra un ángel: “A finales de los sesenta, me invitó a Bogotá: vivía en su casa, comía en su restaurante. Me consiguió plaza de patinador en Todelar, con salario de 800 pesos mensuales. Le dio un vuelco total a mi vida. Por pura amistad”.

Pero hubo un inmediatamente antes al encuentro con ese ángel salvador que le fue Álvaro Vasco, donde este diario de un periodista hace poco dejado en la calle por sus jefes, alcanza para mí uno de sus momentos

más puros y significativos, porque el carácter de la situación evocada —en absoluto ficción, desde luego— representa de manera inmejorable lo auténtico de la decisión de hacerse periodista en la capital: sus días en una casa de inquilinato.

Hay que haberlas conocido para saber qué tanto podían rezumar limitaciones y vida modesta, destilar desarraigo y nostalgia feroz de provincianos, marginalidad de la Bogotá establecida, y como respuesta natural, el jolgorio de modestos convites domingueros ocasionales, la alegría compartida y envidiada de haber recibido carta de esas lejanías, el silencio solidario ante un gesto amargo dejado en la cara de cualquiera de aquellos huéspedes por un telegrama o una carta abierta ante los demás.

Esas casas tienen la facha de haber hecho parte del paisaje bogotano desde siempre. Pero hasta donde estoy enterado, quien de una manera más cabal dejó instalada su sordidez dostoievskiana en nuestra literatura, fue José Antonio Osorio Lizarazo con su novela *Casa de vecindad*, 1925. Y quiero arriesgarme a decir que después de esas páginas de *Garabato*, como se conocía a Osorio Lizarazo en el medio periodístico y en las calles de Bogotá, quien mejor las ha condensado es Óscar Domínguez. El autor bogotano las desplegó en el fresco de su novela; Óscar les apretó el alma en los pocos pero totalizadores rasgos de una acuarela de poco más de una cuartilla (págs. 16 – 18).

Y he querido arrimar la lupa a aquella página porque me parece que sobre su fondo contrasta mejor que sobre cualquier otro su decisión visceral de hacerse periodista. Sin una cuartilla escrita, sin el diploma de periodista, sin conocidos ni “palancas”, ropa escasa en la maleta y una “desnutrida hoja de vida”. En el otro platillo, la decisión toda. Esa sí intacta. Y en las rutinas de esa casa, todos los tonos: el amor y la soledad, los fríos bogotanos y “agua caliente cada quince días”. No, pues, autocompasión: puntos de luz y humor suavizando aquí y allá el contorno duro de una hora. Creo, sin exagerarla, que todo el Diario, y especialmente esta página con otras que en sus 129 le son hermanas, debían ser bibliografía obligatoria del pénsum en todas las

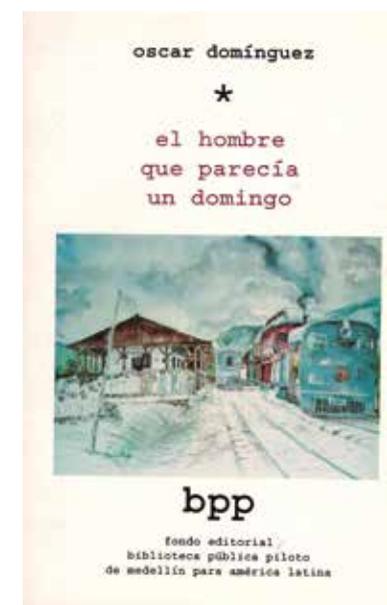
facultades de comunicación social, en una materia que debería llamarse Agallas. Por semestres, claro: Agallas I, Agallas II...

El resto es el Diario, es decir, la puja por volver a conseguir “chanfa”, el registro inocuo, que también los hay (todo diario lo tiene, hemos mencionado algunos), el mundo de la Noticia, lo fugaz. Nos hemos ocupado de lo que no lo es, de lo que estamos seguros –hemos dado los argumentos– conforma lo valioso y duradero de su ser y su quehacer, que, ya lo dijimos, no son separables: en lo pasajero alientan briznas de lo que no lo es. Solo nos queda por mencionar una presencia que hasta ahora no vimos espacio para señalarla: el lenguaje.

La prosa periodística de Óscar Domínguez Giraldo está tocada por una aspiración de estilo literario, por aprovechar todo espacio que permita “hacerle el justo” a esa prosa del lenguaje de la mera comunicación noticiosa que no tiene otro “mérito” que el dudoso de repetir con habilidad mecánica lo que es fórmula adocendada, esquema yerto que adormece al lector, receta previsible, lugar común. Óscar ha querido filtrar al escritor que quiso ser en el periodista que también quiso ser, de manera que el periodismo se revitalice en sus columnas, despierte, sacuda, divierta y sorprenda con imaginación literaria. Para empezar, es un riguroso del idioma, un respetuoso de primera fila

de nuestra madre, la lengua, un preocupado en alerta permanente por su uso correcto en tiempos de desviaciones y chapucería omnipresente en nuestra prensa escrita, radial y televisiva. Su columna electrónica fija de los martes se titula “Martes de la lengua lengua”, y en ella divulga valiosos textos aclaratorios debidos a la pluma de estudiosos.

Como en su horizonte alentó siempre esa hermandad que señalamos entre corrección idiomática y literatura, su prosa llegó a ser –desde luego, como resultado de ese propósito y del mucho sudarla, no del “genio espontáneo y silvestre”–, como ya lo anotamos, una sobreabundante caja de logros, donde se renovó el periodismo colombiano. Al hacerlo así, retomó de hecho viejas tradiciones sepultadas por la chabacanería y facilismos de las últimas décadas. Por eso es normal encontrar en este diario, como en sus columnas, este tipo de pequeñas pero rutilantes fiestas verbales: “San Agustín hablaba de la paz del sábado en la tarde. Un día especial y agradecido éste. No se parece a ninguno. No fatiga, no estresa, así uno lo esté trabajando. Hay que hacerle una estatua. ¡*Es como un domingo de dos yemas!*” (las cursivas las he puesto yo, y entre signos de admiración). Esa sensación convicción sabatina la compartimos incontables. ¿Pero no la renueva una enormidad ese más que atrevido símil? Sin discusión. Y esta otra, que cito porque tiene todas las trazas



‘El hombre que parecía un domingo’. Fondo Editorial Biblioteca Pública Piloto. Medellín, 1995. Acuarela: Estación del tren de Envigado, de Iván Calle.

de perverso y perenne fantasma capitalino, a la espera de provincianos especialmente sensibles para abrumarlos con sus limallas de frío y agua: “A Bogotá llegué a los 24 abril (..) La ciudad me pareció un eterno aguacero de pie”. Magnífico, más decidir no pudo ser. Las palabras difieren un poco de uno a otro autor, pero la sensación que tuvieron Carrasquilla y García Márquez al “pisar Bogotá” por primera vez, con una diferencia de más 50 años, y la de Óscar Domínguez, que lo hizo 35 años después que Gabo, fue la misma. La diferencia estuvo en que como niño que era cuando llegó a cursar su bachillerato en Zipaquirá, GGM pudo hacer lo que no Carrasquilla y Domínguez como adultos que debían

guardar las formas: “Ahí mismo me emperré a llorar”.

En los términos de una nota o crónica convencional debí comenzar con lo que termino, con la anécdota (en esta época en que se le venera): ¿Por qué escribí sobre este libro? Pues, porque Óscar y yo fuimos condiscípulos de bachillerato en el Colegio La Salle, de Envigado. En mi recuerdo, Óscar entró a acompañarnos en tercero y abandonó el barco al terminar quinto para concluir su secundaria en un colegio que nació entonces en Envigado: el Manuel Uribe Ángel.

Si bien ese viejo e intermitente vínculo amistoso alentó en el deseo de esta nota, su impulso específico vino de la lectura de su libro **De**

anonimato nadie ha muerto. Porque la lectura y el oficio de escribir han sido para los dos el eje de nuestras vidas es por lo que el trato se ha sostenido, intermitentemente, pero ahí, sin atosigarnos ni perdernos de vista.

Y digámoslo más clarito: me ocupé de este diario porque más allá de su forma de tal, vi, leí en sus líneas, literatura: frase a frase, el narrador y poeta alternan con el periodista. Y fue la conmovedora dedicatoria la que me advirtió que esa era la línea de lectura: “Para la señorita Esilda, la maestra que me enseñó a juntar vocales y consonantes”. No es materia que consideremos precedera lo que se le dedica a quien nos enseñó a leer y escribir.

De anonimato nadie ha muerto: diario de un jubilado. Óscar Domínguez G. Editorial Universidad de Antioquia. Colección Periodismo, 2013.

Envigado, 21 de abril de 2020



Augusto Rendón a caballo

Entre una gestualidad que grita y el símbolo que denuncia

En la historia del grabado en Colombia, esa “trinchera contra el facilismo y el relumbrón”, la obra de Augusto Rendón (Medellín, 1933 - Villa de Leyva, 2020) deja una hendidura que seguirá ardiendo.

Samuel Vásquez

No tenemos cómo probar qué nació primero en el ser humano: si el sentimiento religioso, la expresión poética o el pensamiento. Claro que algunas veces se daba un sincretismo tal que participaba de los tres al mismo tiempo.

El horror de lo desconocido concibe lo invisible, que es el primitivo sentimiento religioso: se da allí un temblor, un pasmo, un silencio. Provoca un recogimiento, una extrañeza honda y total. Es una experiencia intransitiva y suscita un lenguaje elusivo.

El asombro ante una presencia engendra un sentimiento poético. Se da allí un estremecimiento, un sacudimiento, una excitación que provoca una expresión oral y gestual en búsqueda de sentido. Se da un extrañamiento parcial que convoca a un lenguaje alusivo, que no interpreta sino que revela.

El hambre y la injusticia son experiencias molestas que generan la primera rabia, principio de la conciencia en la condición humana, del pensamiento primigenio: aparece entonces una tensión, un ahogo, un